
Gilberto Naranjo

MOVIMIENTO GUERRILLERO Y TREGUA

I. ANTECEDENTES HISTORICOS Y PROCESO DE FORMACION

1.1. La importancia del acuerdo del Frente Nacional (1957)

1957 es uno de los mojones más notorios de la historia política colombiana. En ese año se celebró el acuerdo entre los dos partidos tradicionales del país, que ya contaban con más de 100 años de convulsionada historia, el Liberal y el Conservador. En virtud de ese pacto, que dio origen al llamado régimen del Frente Nacional, las dos organizaciones políticas alternarían la Presidencia de la República por cuatro turnos presidenciales, cada uno de 4 años de duración. Puesto que el primero de esos turnos se inició en 1958 con un presidente liberal, el Frente Nacional habría de acabar en 1974 con un presidente conservador. Los dos partidos se comprometieron también a compartir por igual los cargos burocráticos, siempre bajo el supuesto de que la pugna interpartidista conocida nacional e internacionalmente como el período de “La Violencia en Colombia”, se desvanecería en caso de que uno y otro partido reconocieran el derecho de su rival a compartir el botín burocrático. (1)

Pues bien, nuestro recuento del movimiento guerrillero colombiano tiene que comenzar con una referencia a La Violencia y al Frente Nacio-

(1) MONCAYO, V.M. (1975)

nal, en atención a dos razones fundamentales: en primer lugar, por cuanto es necesario explicar las continuidades y discontinuidades que existen entre la Violencia "bandolera" e interpartidista de 1947-57 y el movimiento guerrillero que cuaja hacia comienzos de los años sesenta. En segundo lugar, porque una de las hipótesis más socorridas en Colombia, para efectos de la explicación del movimiento guerrillero, considera que las restricciones democráticas son factor causal de la lucha subversiva y, en general, del enorme caudal de la indiferencia popular hacia las instituciones políticas imperantes en Colombia.

A la postre, el régimen del Frente Nacional ha tenido ramificaciones que se prolongan hasta nuestros días, dando así renovada vigencia a las tesis de que la democracia burguesa colombiana es de carácter restringido. (2) Estas tesis se refuerzan a su vez por el hecho de que el país ha experimentado etapas de singular represión y de abierta violación de los derechos civiles y las garantías ciudadanas consagradas en la Constitución, dando todo ello lugar a la aseveración de que la forma predominante del Estado colombiano es la de una democracia autoritaria o policiva. (3)

Veamos pues las tres etapas en que podemos dividir la trayectoria del movimiento guerrillero colombiano desde sus comienzos hasta la situación actual: el período de La Violencia (1947-57) que constituye su antecedente pero que no es propiamente de guerrilla dirigida al cambio radical del orden existente; el período 1957-70, que se distingue por el dogmatismo y el foquismo de una guerrilla inspirada en desarrollos foráneos (la Revolución Cubana; las distintas etapas de la Revolución China); y el período que va de 1970 hasta la fecha, cuando foquismos y exclusivismos ceden paulatinamente paso a un proyecto de constitución de un frente popular de amplio espectro.

(2) El artículo 120 de la Constitución vigente ordena al presidente de la República dar participación "equitativa" en la Administración Pública al partido que siga en votos al del presidente electo en los comicios presidenciales. Este precepto ha sido generalmente entendido, a partir de 1974, en el sentido de que el consejo de ministros debe ser integrado paritariamente por liberales y conservadores, como debe también mantenerse una cierta cuota de representación del partido derrotado en todos los puestos de la administración pública.

(3) ROJAS F., (1980); BAGLEY, B., (1984); UMAÑA LUNA, E., (1977); AMNISTIA INTERNACIONAL (1980).

1.2. 1947-1957: De la Violencia interpartidista al acuerdo bipartidista del Frente Nacional (4)

El cruento enfrentamiento político entre liberales y conservadores provenía de los años 30 pero sólo tomó las características de guerra civil desde 1947. La pugna entre los dos bandos, que los colombianos denominan "La Violencia", dejó un altísimo número de víctimas que supera los doscientos mil muertos, y se prolongó por más de 15 años. Significó la quiebra de la autoridad del gobierno y la ruptura total del diálogo entre los dos partidos. La Violencia fue en sus inicios un levantamiento de las masas liberales urbanas pero en corto tiempo el gobierno conservador, al retomar la iniciativa en la represión de sus antagonistas, convirtió el fenómeno en una lucha rural. De los devastadores efectos de la guerra subsistieron algunas guerrillas liberales y los movimientos de autodefensa que el Partido Comunista había organizado y dirigido en algunas regiones en los años treinta (5).

Los núcleos campesinos que aguardaban esperanzados que las leyes expedidas por los gobiernos liberales entre 1930 y 1946 se cumplieran, fueron borrados en el fragor de los combates. Similares efectos sobrevinieron sobre el movimiento obrero. La unidad y fortaleza demostradas por los movimientos populares con anterioridad a La Violencia, recibieron el bautismo de fuego en los meses subsiguientes al asesinato del caudillo liberal y líder popular, Jorge Eliécer Gaitán. Con la creación de la UTC, el Partido Conservador y la Iglesia Católica lograron debilitar al sindicalismo y menguar sus acciones, pues los fines y medios de la nueva organización gremial, estaban lejos de parecerse a la conducta aguerrida de la CTC. (6) En el plano de la lucha política, el movimiento popular gaitanista que alimentaban las masas obreras y urbanas y ciertos reductos agrarios resultó golpeado en la contienda, expirando así una fuerza política de largo aliento.

(4) Información y análisis de esta etapa se encuentran en VILLAR BORDA, C. (1953); LLERAS RESTREPO, C. (1964); PAREDES, J. (1957); AGUDELO, C. (1974); DIX R.H. (1971); RAMSEY, R. (1970). Y sobre La Violencia, entre otros estudios especializados, OQUIST, P. (1978); HENDERSON, J. (1984).

(5) Ver por ejemplo, FRANCO E, E. (1959); GILHODES, P. (1972); SIERRA, G. (1954); HENDERSON, J. (1984).

(6) MONCAYO, V.M. y ROJAS, F. (1978).

Quedaba entonces por definir, luego de la primera etapa de La Violencia, el conflicto de poder entre liberales y conservadores que vino a superarse con la implantación del Frente Nacional que por 16 años otorgó a unos y a otros el derecho exclusivo a gobernar alternadamente por cuatro años. El pacto bipartidista, refrendado en el Plebiscito Nacional de 1957 y en las reformas constitucionales inmediatamente siguientes, concilia las diferencias políticas entre los dos partidos y su disparidad de criterios acerca del tipo y grado de reformas que debían impulsarse desde el Estado; pero es también el triunfo de los partidarios de las transformaciones económicas y del Estado, que buscaban espacio para la irrupción del capitalismo industrial bajo un modelo de corte cepalino, sobre aquellos renuentes a aceptar modificaciones en la estructura de la tenencia de la tierra. Para éstos la subordinación de la economía agraria, el intervencionismo de estado o la participación popular eran estrategias políticas inaceptables. En términos de clases y fracciones, y de composición jerárquica del bloque en el poder, la irrupción del Frente Nacional obedece a la hegemonía de la burguesía interior.

Esas tensiones dentro del bloque y la necesidad de armonizarlas, no tan explícitas como las originales en el sectarismo de partido, negaron a los pactos de 1957 un posible beneficio social y de extensión democrática, a otros sectores y matices de la opinión política. En otras palabras, el clima de concordia política partidista que se buscaba, exigía como sustento la certeza de que el sistema de dominación y de propiedad no sufrirían mengua.

El bipartidismo con rango constitucional ha imperado a lo largo de los años, 16 pactados, pero en la práctica el sistema de cogobierno continúa su curso con ligeras variaciones. Los proyectos actuales (1984) tendientes a desmontarlo han fracasado por la necesidad imperiosa de los dos partidos de preservar la hegemonía bipartidista que les permita enfrentar enemigos presentes y futuros. El vínculo de la política tradicional y del Estado es de tal intimidad que los males de uno se trasladan al otro por contagio. El crecimiento de los partidos ha sido desde el Frente Nacional de tipo meramente vegetativo y basado en tácticas clientelistas. La inercia del liberalismo y del conservatismo, alienta como contrapartida el empleo de la fuerza y las medidas de coerción sobre sus oponentes por fuera del gobierno. La respuesta popular predominante ha sido desde entonces la abstención electoral y la apatía frente a las instituciones políticas.

1.3. De 1957 a 1970 (7)

En esta etapa surgen dos grandes movimientos de masas (MRL y ANAPO), y los preludios de los grupos guerrilleros izquierdistas de hoy (ELN, EPL, FARC). En regiones del centro del país, los movimientos de autodefensa de masas se transforman en guerrillas móviles para hacer frente a la arremetida militar.

MRL y ANAPO. En cuanto a los movimientos partidistas, aquella primera expresión de la rebeldía contra la segregación política del bipartidismo en el poder no rebasa la búsqueda de modificaciones en las leyes electorales o de poner énfasis en el logro de mayorías en los cuerpos representativos. Esos movimientos de masas parten de la premisa de que el parlamento es vehículo apto y decisivo para producir cambios sociales. Reproducen entonces el carácter policlasista de los dos partidos tradicionales y son expresión de la inconformidad de un sector frente al ala mayoritaria en el poder. Se organizan de manera vertical y las decisiones no se producen por consenso sino que se originan en los caudillos o jefes que los lideran. Conviven con las limitaciones y vicios de los viejos partidos pero son el cauce de una expresión popular que el imperio del Frente Nacional pretendía someter al olvido. El hecho de que esos dos movimientos partidistas, el Movimiento Revolucionario Liberal, MRL (1960-68) y la Alianza Nacional Popular, ANAPO (1964-1980), incluyeran banderas populares, rompió en parte la apatía y la indiferencia hacia la participación electoral. En pocos años colmaron el vacío político que dejaron los dos partidos, pero no bastaron para cubrir con iniciativas y apoyo el campo de los conflictos laborales y agrarios. Pese a ello las reivindicaciones políticas sacudieron el marasmo del extenso contingente de inconformes que desde un principio produjo el Frente Nacional. (8)

Aún en la consideración válida de que sus dirigentes buscaran la realización de intereses contrarios o contradictorios con las necesidades populares, los alcances de estos movimientos de gran respaldo, radican en su capacidad de lucha y movilización tras objetivos de democracia política. Era este el punto de verdadera confluencia con las as-

(7) Ver sobre esta etapa, GAITAN, B. (1966); ROJAS, H y CAMACHO, A. (1974); SANTA, E. (1964); MONTAÑA, D. (1968); SOLAUN, M. et. al. (1980).

(8) MARTINEZ, J. e IZQUIERDO, M.I. (1972).

piraciones populares y su fracaso se halla en la imposibilidad de recoger otros objetivos latentes en las aspiraciones de las masas. El discurso político era en apariencia la síntesis de propósitos radicales pero las diferencias en su interior los hacían impracticables. (9)

En 1970 sobrevino la crisis cuando uno de esos movimientos, la ANAPO del general Rojas Pinilla, (quien había ocupado la presidencia y se había convertido en dictador entre 1953 y 1957), se vio ante la disyuntiva de disputar el poder al candidato del Frente Nacional en las elecciones de ese año, sin miramientos de orden legal, o aceptar un resultado electoral viciado que sustraía la presidencia a Rojas y designaba a Pastrana Borrero. Pero era demasiado tarde, pues el equipo organizativo de Anapo no tenía otro alcance que el exigido por las batallas electorales y su jefatura no vislumbraba otra alternativa que la de aceptar el fallo, a todas luces irregular, de los escrutadores oficiales. La negativa a optar por las medidas de fuerza para hacer valer los resultados de las urnas le significó el retiro del apoyo popular y en consecuencia el aplazamiento de las tareas democráticas. (10)

Allí estuvo el final de la hegemonía de los viejos caudillos de extracción oligárquica y el fenecimiento de las viejas formas de organización partidista. Se cerró también, peligrosamente, el camino de la lucha electoral ya que cundió el convencimiento de que un triunfo en ese terreno no sería reconocido.

Los eventos electorales posteriores no han tenido el repunte electoral de las elecciones de 1970; el abstencionismo y la indiferencia aumentan y el fracaso y decadencia de los partidos políticos han llegado a ser axiomáticos en el análisis político colombiano. (11).

Ahora bien, estas escaramuzas por abrir las compuertas hacia un régimen de verdadera democracia, chocaban con los planteamientos de sectores políticos radicales, desde los socialistas hasta los grupos armados que desdeñaban, desde entonces, la participación en elecciones y no concebían el menor punto de contacto entre ellos y sus enemigos. Cosa distinta ocurrirá a partir de 1970. Ya veremos cómo uno de los resultados de esta última fase de la acción de las guerrillas.

(9) MOLINA, G. (1982), capítulo XVIII.

(10) La explicación oficial del evidente y notorio fraude electoral se encuentra en NORIEGA, C.A. (1979).

(11) ROJAS, F. (1984).

es el de haber devuelto el panorama de la coyuntura política, la lucha por la democracia, objetivo sin el cual no se explica su dinámica actual.

La Guerrilla. Decíamos que la resistencia al régimen frentenacionalista fue diverso en sus modalidades de enfrentamiento y en sus objetivos políticos. En cuanto a la modalidad guerrillera, la coincidencia cronológica con la revolución cubana, produjo un sentimiento favorable a la lucha armada en el ambiente de los grupos juveniles adscritos a los sectores opuestos al régimen. En las zonas rurales, donde la simpatía era caudalosa y era común la repulsa al Frente Nacional, se establecieron los primeros comandos de guerrilla pero sus intentos no fructificaron. En el curso de pocos meses el ejército abatió a sus dirigentes y el escaso apoyo campesino fue aniquilado. Con posterioridad, otras tentativas condujeron al mismo punto.

El ELN. Del 64 en adelante, la guerrilla de ascendencia cubana, Ejército de Liberación Nacional (ELN), empezó a germinar. (12) Ayudados por las excelentes condiciones topográficas y geográficas fueron aumentando su poder de fuego y la aptitud militar para combatir las fuerzas de la contraguerrilla más veteranas de América Latina (13); pero su crecimiento político fue casi nulo. Confiados con repetir con igual éxito y brevedad de tiempo el proceso cubano, se retiraron a la clandestinidad y abandonaron, sin consecuencias, el movimiento de oposición al bipartidismo, dejando de lado el papel de agitadores que había cumplido previamente.

Un análisis inapropiado tanto en Cuba como en los círculos de izquierda colombianos, llevó a consideraciones que asimilaban como semejantes dos situaciones que exigían la elaboración de cuidadosas diferencias. Aún así, al ELN se le reconoce el empeño en dar impulso a las ideas socialistas, a la introducción, sobre todo en el ambiente universitario, del estudio de los problemas nacionales y latinoamericanos,

-
- (12) DANIEL, J.G. (1965); COMITE DE SOLIDARIDAD CON LOS PRESOS POLITICOS (1974), DEPARTAMENTO DEL EJERCITO DE LOS ESTADOS UNIDOS (1961).
- (13) Para una análisis de las plataformas y de los orígenes de los distintos grupos guerrilleros a lo largo del período del Frente Nacional, ver *¿De dónde Venimos? ¿Hacia dónde vamos? ¿Hacia dónde debemos ir?* (sin autor) Editorial 8 de junio, Medellín, 1975. Adviértase, sin embargo, que algunas de esas plataformas, han sido modificadas en la práctica, particularmente a raíz del período de tregua que veremos en el numeral siguiente.

contribuyó a remover conceptos arraigados y muy debatidos acerca de las tácticas militares de insurgencia que venían aplicándose en Colombia. Aquellos cuadros de militancia fueron pioneros en el establecimiento de los primeros vínculos entre el movimiento guerrillero y la clase obrera que sembraron los principios del marxismo leninismo y enseñaron a su vez las corrientes contemporáneas de la historia universal y colombiana. En ese ambiente hicieron aparición los grupos de teatro y las artes plásticas y las letras se nutrieron con ideologías contemporáneas y nuevas técnicas.

El ELN, pese a los graves errores y reveses sufridos desde su fundación, y además de su tenacidad, ha intentado desde un principio establecer vínculos entre la guerrilla y los sectores populares. El grado de esa relación es difícil de apreciar por el carácter clandestino de esa actividad, que a ojos vistas y por los efectos políticos que ha tenido, permiten deducir que sólo persigue el reforzamiento de las huestes militares sin miramientos de la eficacia política.

Hoy en día, (1984), el ELN sigue reacio a cualquier acercamiento con el gobierno en la consideración de que éste, con los pactos de tregua firmados con otras organizaciones guerrilleras, no busca otra cosa que rendir a los revolucionarios con una estratagema de reformas insustanciales mientras por otro lado les quita piso político y las combate discretamente con los grupos paramilitares.

El desprecio por el empleo de cualquier otra vía que no sea la de las armas ha echado por la borda coyunturas tan propicias como la ofrecida por el movimiento de unidad presentado a mediados de la década de los sesenta y que aglutinó a las fuerzas obreras, al movimiento popular y a la izquierda de todos los matices. Este fugaz momento ha sido una de las auténticas formas de homogeneidad política entre los revolucionarios colombianos y a la vez uno de los más lamentados, ya que su resolución condujo a la muerte en combate del sacerdote Camilo Torres, en el desenlace inesperado del proyecto unitario.

Camilo Torres, en manifestaciones políticas en distintas ciudades y regiones, había recogido la inconformidad popular y le había dado forma organizativa. En un lapso de pocos meses el frente iniciado por Camilo creció y su perspectiva cobró dimensiones inusitadas. Sin embargo, Camilo pasó al frente guerrillero del ELN y su desaparición lo fue también la de ese ensayo de conformar un movimiento de masas independiente y democrático.

El EPL. En esta misma etapa y con antecedentes similares hizo irrupción en la lucha armada el EPL (Ejército Popular de Liberación), de tendencia maoista. Sustentaba su acción independiente de los otros grupos existentes en las diferencias ideológicas y de concepción de la naturaleza de la sociedad colombiana y por tanto de los objetivos perseguidos. Sin embargo, al igual que el ELN, perseveró en la agria polémica sobre estos y otros puntos, como aquel relacionado con la defensa de la revolución china, rusa o cubana, o acerca de la duración de la guerra o de la importancia estratégica de la definición de la clase social que habría de dirigir el proceso revolucionario. Tales disquisiciones volcaron la atención de los comprometidos sobre asuntos tan distantes de las realidades nacionales que su lenguaje y sus acciones se hicieron ininteligibles.

Con el tiempo las diferencias sobre estos puntos desaparecieron o, por lo menos no se les concedió la importancia de aquel entonces, lo que ha contribuido a despejar el camino hacia la unidad de las guerrillas.

El EPL conformó por primera vez comandos urbanos de guerrillas en algunas ciudades buscando con ello ampliar su influencia o hacerse a recursos para financiar sus campañas. Pero este escenario de la confrontación ha resultado costoso para la guerrilla en vidas y en aparatos operativos. Sus causas podrían estar en el limitado apoyo social o en la insuficiencia de la táctica militar para enfrentar un enemigo, por ahora muy poderoso, aunque menos experimentado de lo que es en las zonas rurales montañosas.

La trayectoria del EPL daba para pensar que ese movimiento no estaría en 1984 en la mesa de conversaciones, al lado de los representantes del gobierno, la Iglesia y los partidos tradicionales, y que por el contrario insistiría en proseguir la lucha sin pensar en cobrar en el plano político los frutos conseguidos en el campo de batalla. Este hecho significativo refuerza el contingente guerrillero partidario del pacto y concede visibles atributos políticos a la tregua, dado el poder de fuego de ese grupo y su capacidad de maniobra. Además el EPL es quizás la agrupación con más nexos en los sectores obreros y de mayor influencia en los sindicatos independientes.

El EPL se declara abiertamente abstencionista, como el ELN, y en las regiones campesinas donde actúa ha establecido verdaderos fortines de guerrillas y se cree que el apoyo campesino, sobre todo de colonos, es total.

Las FARC. Por el mismo año del 64 en que hacen su aparición los grupos influenciados por la revolución cubana, otro grupo se da sus estatutos y programas. Pero tal acontecimiento no subraya el inicio de las acciones armadas sino la precisión formal de la estrategia del movimiento campesino del centro y sur del país que desde la Violencia recurrió, como expediente para no ser aniquilado, al empleo combinado de la autodefensa de masas y de las guerrillas móviles, si se hacía necesario.

En la acción pacificadora del gobierno que siguió a los pactos del Frente Nacional estaba ausente una sólida política de rehabilitación que solucionara los agudos problemas de tierras que desde principios del siglo daban lugar a frecuentes choques entre campesinos y la fuerza pública puesta a disposición de los terratenientes. Los esfuerzos del movimiento campesino por desechar una salida violenta al conflicto resultaron inútiles y a cambio de los títulos sobre las tierras que ocupaban, fueron víctimas y testigos de los primeros bombardeos de que tenga memoria el pueblo colombiano. Contingentes de artillería apoyados en la aviación, fueron desplazados para aplastar las comunidades campesinas organizadas en movimientos de autodefensa. (14) La resistencia no se hizo esperar y del anhelo de paz y de tierra se pasó a una nueva etapa, en la que a las reivindicaciones campesinas se adicionó la lucha por el poder, seguros como estaban de que la precariedad de la paz ofrecida no garantizaba el más básico de sus derechos.

La lectura de los acuerdos que habrían de firmar las FARC en 1984, denotaba el pedido reiterado de la reforma agraria radical que suprima el latifundio y racionalice la producción agrícola. Casi con los mismos términos el movimiento campesino dirigido por las guerrillas comunistas, (FARC, Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia), formularon su exigencia en 1962 y ésta a su vez reproduce las aspiraciones de los campesinos que se habían insurreccionado en las décadas del 30 al 50

Calificar a las FARC como un movimiento campesino no es atrevido, pero puede inducir a suprimir la proyección política del grupo más experimentado y numeroso de las guerrillas colombianas. Levantados en armas para defender los asentamientos agrarios, han agregado a la lucha por la tierra objetivos políticos distintos de los reivindicativos y, según declaraciones viejas y nuevas, anhelan llevar la vocería de otros sectores populares. (15) Esos planes estratégicos encuentran

(14) MOLANO, A. et. al. (1980).

(15) ARANGO, C. (1984)

dificultades mayores en las relaciones que el grupo sostiene con el Partido Comunista de Colombia al que se le atribuyen políticos de poco calado revolucionario y maniobras destinadas a prevalecer sobre sus aliados temporales o permanentes. Además de estos obstáculos, reales o ficticios, se menciona la carencia de cuadros políticos cualificados que sean garantía de conducción dinámica y apropiada. Sin embargo en el reciente proceso de diálogo de las FARC con el Gobierno (1982-1984), aquellas han demostrado que el supuesto sentimiento anticomunista de la población, no les ha evitado ganar adeptos y simpatía. Por último, no puede olvidarse que las FARC son el único movimiento guerrillero cuyo origen no está en una voluntad política de recurrir al uso de las armas en busca de una sociedad ideal sino que resulta de las necesidades reales e históricas de un amplio sector de las masas campesinas.

Doblando la esquina de la década de los sesenta, el sistema bipartidista había ensayado diferentes formas de control de la inconformidad popular. La tímida reforma agraria aprobada en 1961 encontró fuerte oposición en los terratenientes y sólo contribuyó a modernizar la producción agrícola en regiones donde la agricultura servía a los fines de la industria de transformación. Por algún tiempo subsistieron con aceptable resultado las cooperativas de producción, pero las deficiencias o el monopolio del mercado ahogaron ese sistema, aún en embrión. No hubo expropiaciones ni reparto de tierras. A cambio, se mantuvo la armonía política entre los dos partidos, alcanzada con tanta dificultad.

En el terreno de las relaciones capital-trabajo, hubo algunos tropiezos para acomodar la acción reivindicativa a los fines de industrialización; pero la existencia de un sindicalismo dividido y aletargado permitió moldearlo al amaño. El movimiento obrero, casi en su totalidad, perdió la perspectiva de alimentarse en sus luchas con una ideología de clase y de ponerse al frente de las luchas reivindicativas y de servir de elemento dinámico de la lucha política.

Hacia finales de la década en mención, la organización campesina tuvo un impulso gubernamental en las regiones donde las invasiones campesinas y los conflictos amenazaban desbordar los estrechos límites de las pocas adjudicaciones de tierras. El empeño por amarrar la acción campesina a los propios deseos del Gobierno no tuvo éxito y a la vuelta de tres años la ANUC (Asociación Nacional de Usuarios Campesinos), tomaba un rumbo independiente y radical, con formas pro-

pías de organización, incluida la autogestión y el apoyo de ciertas corrientes revolucionarias.

1.4. De 1974 en adelante

El auge de la lucha popular entre 1970-75 y su conexión o inconexión con la guerrilla. Del 70 al 75 la lucha campesina alcanzó grandes magnitudes. A las diarias acciones de tomas de tierras en zonas de grandes latifundios se agregó la presión por distintos medios sobre la burocracia encargada de adelantar la reforma agraria.

la ANUC ha sido una de las experiencias más ricas en presencia popular y demuestra las potencialidades del campesinado para poner en práctica planes de desarrollo agrícola o la superación de los agudos niveles de miseria en el campo colombiano. Su alto nivel político radica en el desprendimiento de la política partidista y la receptividad de ideologías cercanas a sus intereses de clase. Tal vez el énfasis de ciertos grupos de izquierda por influir sobre el movimiento campesino introdujo gérmenes de división; los que, sumados al celo de los dirigentes por mantener la independencia, condujo a la ANUC a su desintegración. Hoy en día subsisten algunos rezagos de ésta, que alientan la creencia en su renacimiento.

El campesinado ha marchado por cauces distintos a los del movimiento guerrillero en la mayor parte del país. Los alcances son de carácter reivindicativo, debido quizás a que las luchas por la tierra no habían cobrado la envergadura nacional que tuvieron en estas dos décadas pasadas y era necesario emprender con prontitud el logro de un derecho negado por siglos. Sin embargo, la renuente actitud de los terratenientes han hecho nugatorias las reclamaciones campesinas. El uso inveterado de represión armada y policiva, como medio de control, pone en duda el regreso a las iniciales formas de organización y a la confianza en los viejos métodos de las reclamaciones campesinas. El uso inveterado de la represión armada y policiva, como medio de control, pone en duda el regreso a las iniciales formas de organización y a la confianza en los viejos métodos de las reclamaciones burocráticas. Si en Colombia no se abre paso al proceso de una reforma agraria de alguna trascendencia, las luchas campesinas pueden derivar con facilidad al compromiso revolucionario. Así lo deja ver el avance de las guerrillas comunistas (FARC y EPL) (16), que desde 1974 han tenido un repunte en regiones de colo-

(16) Durante los últimos 10 años (1974-84), las FARC han crecido de 10 a 25 frentes; el EPL pasó de 2 a 7 frentes en el mismo período.

nización y en zonas de tradicional enfrentamiento con los terratenientes. Paralelamente otras muy variadas formas de lucha de carácter menos radical han dado síntomas de agotamiento rápido de la eficacia: las tomas de tierras, de templos, de sedes del Instituto de la Reforma Agraria, de marchas sobre ciudades y poblados, los diálogos con autoridades, la participación en comités para la defensa de la vida y de los derechos humanos, etc. Aún así, subsistirá por algún tiempo el movimiento campesino limitado al logro de pequeñas reivindicaciones y guardián de la independencia de sus organismos regionales de base, tal y como acontece con el movimiento indígena, que ha puesto su esfuerzo en consolidar sus organizaciones y en recuperar sus tierras, perdidas a manos de los latifundistas. La violenta represión de que han sido objeto no los ha amilanado, pero en un futuro, deberán ligar su acción a otras más nacionales para evitar ser frenados en el alcance de sus metas.

Hemos visto cómo la manera de aparición de la guerrilla izquierdista en Colombia ha dificultado el establecimiento de un vínculo orgánico entre ésta y el grueso del movimiento popular. Si exceptuamos las FARC y, en menor medida el EPL, las guerrillas han subsistido como grupos montaraces de accionar militar primordialmente y cuyos combates obedecen al intento o mejor, al deseo de conquistar el poder para establecer un sistema socialista que sea el remedio de los males sociales y económicos que padece Colombia. Pero sus relaciones limitadas con otros sectores sugieren serios interrogantes sobre los recursos a emplear para superar esa deficiencia. El rechazo sistemático de las formas de lucha legal ha entorpecido la comprensión de las luchas sociales en sus factores causales y en sus efectos de desgaste del sistema de dominación.

Tal menosprecio generó desde finales de los años sesenta un amplio movimiento teórico, en el ambiente estudiantil e intelectual, en el que por igual los socialistas de las diversas corrientes internacionales y otros grupos de izquierda iniciaron la crítica de ese olvido y concurren a copar el espacio que los grandes movimientos opositivos empezaban a dejar. Fue una ofensiva general sobre los sindicatos y sobre las bases obreras tendiente a infundir en ellas las ideas de clase y a debilitar las ideologías de conciliación de las dos grandes centrales obreras. Sus resultados son apreciables en el curso de los años posteriores. Grandes movilizaciones estudiantiles, consolidación de sindicatos de empleados, apareamiento de una gran central obrera independiente y el de una cuarta aún más radical y que actúa al margen del reconocimiento legal. Novedosas formas de participación se pusieron en

práctica. La huelga y el paro rompieron con los rígidos moldes de la ley e hicieron aparición las revistas y periódicos de izquierda, donde se ventilaron a la vez que los problemas teóricos y políticos, la información censurada en la prensa tradicional. Los paros cívicos de pobladores también hicieron aparición en el escenario de los conflictos. El balance de este período es positivo, aun en la consideración de que con esos episodios no se logró en el campo de la lucha política, en sentido estricto, conformar un movimiento totalizador o unitario, que fuera alternativa al vacío dejado por los viejos movimientos de oposición. Hasta hoy han resultado infructuosos esos intentos. Uno tras otro se suceden los fracasos en las elecciones, que en el mejor de los casos, los frentes populares de izquierda alcanzan a obtener el reducido 2 o/o del total de los votos.

Los estudios históricos y teóricos nos dan diversas explicaciones de las motivaciones y del auge de la lucha popular; pero pocos nos dan razón del fracaso en el terreno de la lucha política de esos años, tanto para la guerrilla como para la izquierda legalizada. Es probable, y puede ser analizado a raíz de los triunfos políticos de los grupos alzados en armas, que la independencia con que avanzó el movimiento obrero y campesino, ceñidos a contornos clasistas, contenga parte de la respuesta. Por lo demás, la lucha de predominio agregó a la acción de la izquierda una división tajante que con el tiempo fue trasladada al seno de los organismos populares. Las campañas para ampliar la militancia política, la difusión de los programas y los interminables debates acerca de las características de la sociedad colombiana y de la revolución que había que hacer, condujeron a un pantano ideológico. Se cayó en el mismo error que se quiso superar, pues hubo abandono de la idea política globalizante de los grandes movimientos populares. Además, en el afán de corregir la ausencia de respaldo de las guerrillas, introdujeron esquemas de partido leninista de recortada participación popular. Y, lo más grave, se relegaron los objetivos democráticos para dar paso a las metas socialistas, de difícil digestión en un país que viene recabando la necesidad de una profunda revolución democrática.

El M-19. Es curioso observar cómo, pasada esta primera ofensiva de la lucha popular que se desarrolla de 1970 a 1975, surgen vientos saludables de reconsideración de aquellos episodios. En primer lugar aparece un nuevo movimiento guerrillero, el M-19 (Movimiento 19 de Abril), combatiendo por unas banderas, mezcla de socialismo, nacionalismo y populismo. Se reclamaba heredero de las ideas bolivarianas y no contaba para nada en la agria polémica ideológica de los grupos de iz-

quierda; ni discutía si debía hacerse uso de las armas o de los votos. (17) Haciendo tabla rasa de las críticas emprendió el camino de las armas, usando un lenguaje directo y propinando severos golpes en las ciudades colombianas, lo que les daba un carácter de modernos bandidos al servicio del pueblo. Su popularidad y simpatía fue volcada lentamente en una conducta política contra el régimen bipartidista, hasta lograr convertirse en un interlocutor del Gobierno y de los dos partidos.

Pero además ha demostrado habilidad para extraer de los hechos de la guerra, frutos políticos que le han permitido avanzar en corto tiempo. Es posible que sus orígenes en la ANAPO hayan favorecido su crecimiento, pues contaba y cuenta con adherentes de aquel movimiento popular. Pero, sobre todo pesa el haber interpretado en su oportunidad la urgencia de la lucha por la democracia y en consecuencia en reorientar sus esfuerzos ya no por la búsqueda y de una revolución socialista sino de vías expresas y diversas, encaminadas al logro de una sólida apertura democrática. Por lo demás, nunca ha renunciado ni apostado de sus iniciales convicciones socialistas o de la necesidad de profundizar el proceso democrático. Aquí radica en esencia su ductibilidad política para rehacer no sólo los objetivos estratégicos sino para modificar la táctica, lo que lo ha capacitado para dar el salto de la lucha armada a una presencia legal, por efecto de las conversaciones con el actual Gobierno. De alguna manera sintetiza los anhelos populares por superar la rigidez de la democracia restringida y por superar las limitaciones que el uso reiterado de la fuerza y la permanencia del estado de sitio imponen a las masas en su conjunto. El M-19 ha arrastrado, tras de su política de hechos, al resto del movimiento guerrillero y ha abierto campo a la unidad de acción de todos los revolucionarios.

En segundo lugar, a la par que hace aparición el M-19, la izquierda socialista efectúa una profunda reflexión autocrítica, por allá en 1976 y años siguientes. Buscaba establecer el punto neurálgico donde se rompía el nexo de su militancia obrera con la acción política. Los comunistas también padecían la misma inquietud pues hacían parte de los interesados en superar los irrisorios resultados electorales. Era de conocimiento público, aunque no admitido, que a la izquierda la aquejaba una crisis de credibilidad en los medios y en los objetivos propuestos.

(17) Para algunas exposiciones de sus planteamientos, de boca de algunos de sus principales dirigentes, ver BATEMAN, J. (1984); VERGARA, R. (1983); ver también distintos números de la revista del movimiento, **Combate** y LARA, P. (1982).

El valor de estas recapitulaciones condujo a la inclusión en los programas de los frentes de izquierda, de metas democráticas o por lo menos la mediación de éstas, (18) para fundir en un solo haz de voluntades la expresión de tantas derrotas pero también de tanta tenacidad. Su obstinación parecía ir paralela con el recorte progresivo de las libertades y garantías necesarias para participar en un debate electoral. Su futuro político, depende ahora, en gran medida, del tipo y grado de resolución de los pactos políticos entre Gobierno y guerrilla.

El cambio advertido en la izquierda colombiana ha tenido cumplimiento en el empeño con que ha denunciado la militarización de la vida colombiana y acusado las torturas y la persecución. Se ha hecho presente en el combate público contra las restricciones y aboliciones de los derechos humanos y civiles. En asocio de personalidades progresistas y democráticas, han difundido dentro y fuera del país las verdades del sistema de dominación partidista y oligárquica, contribuyendo así a la ampliación del espacio político. Hacen parte del Comité Nacional de Defensa de los Derechos Humanos que realiza un foro anual en el cual se formulan las quejas de los atropellos, se establecen organismos menores encargados de hacer denuncias públicas y se insta a las autoridades a fiscalizar las ejecutorias de los subalternos con funciones policivas.

Estos años del 75 al 82, fecha en que culminó su gobierno el liberal Turbay Ayala, resultan esclarecedores de una intangible y poderosa fuerza democrática que no pudo ser acallada por ningún medio. Confluyen por entonces, las acciones del movimiento guerrillero, la presencia beligerante del movimiento popular, la unidad de la izquierda y la desmembración de una corriente crítica dentro del liberalismo. Un amplio sector de la prensa nacional sirvió también de dique contenedor de las políticas regresivas en materia institucional que se impulsaban desde el Gobierno y cumplió un papel dinámico en la denuncia de la represión.

Es muy posible que la disgregación de estas fuerzas y grupos obedezca a la ya tradicional separación con que han marchado, pero tanto en unos como en otros, ya sea por razones ideológicas o producto de su

(18) Sobre estos debates ver las revista. Teoría y Práctica en América Latina. Nos. 10, 11 y 14, de diciembre de 1977, mayo de 1977, mayo de 1978 y abril de 1979, respectivamente.
En especial a JIMENEZ, C. (1978) revista No. 11.

propio proceso o como efecto de los cambios económicos y políticos, están presentes y cumplen un papel considerable en el desgaste del sistema y en la comprobación de su reducido carácter democrático. Una investigación detallada del período señalaría la larga cadena de derrotas políticas del grupo dominante, incluido el recursivo uso de la fuerza. Esos estudios podrían llegar además a la certeza de que el camino de las armas era la única y necesaria vía en la búsqueda de nuevas perspectivas para los sectores opuestos al régimen.

Tal es el contexto en el cual la guerrilla, fortalecida por todas estas circunstancias, firma en 1984 una tregua con el gobierno de Belisario Betancur. Los alcances y la viabilidad de este compromiso serán examinados a continuación, dejando para más adelante un análisis de la perspectiva de ampliación y transformación de la lucha guerrillera colombiana.

II. EL PERIODO RECIENTE: LA TREGUA (19)

Con los acuerdos de tregua y cese al fuego entre el Gobierno y las principales organizaciones guerrilleras de Colombia, suscritos entre marzo y agosto de 1984, culmina un largo proceso de acercamiento que por momentos se vio en serios peligros de fracasar. (20) Desde 1980, cuando la guerrilla tomó la iniciativa con espectaculares acciones mili-

-
- (19) El texto del acuerdo celebrado entre las FARC y la llamada Comisión de Paz, ratificado por el presidente de la República, Belisario Betancur, el 10. de abril de 1984, se puede leer en ARANGO, C., (1984), p. 259 ss. Para descripciones y posiciones respecto del llamado Diálogo Nacional, un proceso de reformas instituido por los acuerdos de tregua, desarrollado por organismos informales paralelos al Parlamento, y de resultados muy inciertos en la fecha de redacción de estas líneas, ver MOVIMIENTO PAN Y LIBERTAD (1983) y la revista **Colombia hoy**, **Diálogo Nacional. Diagnóstico y propuestas**. No. 36, noviembre y diciembre de 1984, Bogotá. También la sección *¿Qué hacer? La izquierda ante la actual coyuntura*, de la revista **Solidaridad**, No. 55, junio de 1984, p. 3-15.
- (20) Se han destacado, de entre las muchas voces de dirigentes políticos tradicionales que han censurado la estrategia de tregua-diálogo de Betancur, las de los expresidentes liberales Lleras Restrepo y Turbay Ayala. A este respecto pueden consultarse diversos números de sus respectivos órganos de expresión, el semanario Nueva Fronera y la revista Consigna.

tares en Bogotá y otras ciudades y regiones, comenzó un proceso político que no se asemeja a ningún otro del pasado en el que la guerrilla estuviera implicada. La especificidad de la nueva situación que originan los grupos alzados en armas, puede resumirse en una presencia real en la lucha política cotidiana y en su influencia en las decisiones políticas más importantes del país, hechos nunca antes logrados por organización de izquierda alguna. Sólo discurría la confrontación rutinaria de los dos partidos tradicionales, el Liberal y el Conservador, que data del siglo pasado.

Han contribuido a tal modificación, en la correlación de fuerzas, variados factores: desde los manifiestos y concretos de la guerra hasta aquellos sutiles e imprecisos de la simpatía popular o la manida oposición de la opinión pública. Sobre los primeros es inobjetable que en los últimos años la guerrilla ha elevado su capacidad de combate con los numerosos enfrentamientos con la fuerza pública en los que ha mostrado que puede superar la táctica de la tradicional emboscada o la toma pasajera de aldeas y poblados para pasar a niveles de alta exigencia en número de combatientes y alta eficacia militar de los comandos. Es lo que ha hecho posible durante este período el asalto de ciudades y de bases militares. Como se ve, las guerrillas usan las selvas y las montañas más como un refugio táctico que como un hábitat permanente o el lugar preferido para asestar golpes al enemigo. Es posible, de fracasar el proceso de paz, que el país tenga que enfrentar las consecuencias de unos revolucionarios dispuestos a conformar un ejército, el que tendría origen en la unidad de acción de los grupos existentes.

Además, y debe entenderse como una táctica militar, en algunas regiones la militarización ha sido rechazada con la combinación de acciones militares y la movilización de campesinos que han puesto en aprietos al Gobierno y a la fuerza pública que no puede atacar a los manifestantes sin menoscabo de su prestigio.

Otro factor no menos decisivo en el nuevo relieve cobrado por la insurgencia radica en el probado interés y simpatía popular. Las encuestas de favoritismo político elaboradas durante la campaña electoral de 1982 para elegir presidente de la República, mostraron, pese a que los guerrilleros no participaban en la competencia, que la opinión se inclinaba a favor de éstos y que aspiraba a que el Gobierno, cualquiera que fuera su filiación política tendiera un puente con la guerrilla. Pero aun desconociendo estos intangibles datos, es forzoso admitir que la manera como algunos movimientos guerrilleros firmantes del pacto retoman con facilidad la iniciativa política y hacen imposible cualquier olvido

de su existencia, podría estar indicando que más allá de las declaraciones y las apariencias corre un profundo río de inconformidad popular que las agrava y las proyecta.

Ahora bien, el cambio de estatus de la lucha guerrillera, consagrado visiblemente por los acuerdos de tregua, no debe atribuirse exclusivamente a las virtudes militares de esos grupos, ni a su habilidad para extraer de las acciones de fuerza resultados políticos. Además de éstas, coadyuvó también, de manera sentida pero invisible la presencia histórica de un período de más de 20 años de luchas obreras, campesinas y populares por alcanzar la realización de objetivos políticos, económicos y sociales, que el gobierno liberal de los años 30 dejó a medio hacer y cuyas expectativas de verse ejecutadas a plenitud, fueron enterradas con el cadáver del líder popular Jorge Eliécer Gaitán, asesinado en 1948. Había, pues, tras los acuerdos de tregua, una guerrilla fortalecida por sus vínculos del pasado y del presente con las luchas de los sectores populares del país.

La aparición de este contertulio en la escena política no sólo incomoda sino que causa un escozor que se traduce en un candente debate político entre los partidarios del diálogo y quienes rehuyen cualquier compromiso o la más mínima concesión. El Gobierno no ha hecho otra cosa que detener en su momento justo el curso de los combates, buscando un respiro que le permita rehacer la unidad y la reconciliación nacional poco a poco perdida en los últimos años. Busca también renovar la confianza en los aparatos institucionales y sobre todo detener la polarización cada vez más nítida del conflicto social.

Las posibilidades de que los partidos vuelvan a convocar al electorado con los mismos programas o agregando alguna carnada reformista son cada día más lejanas. Los cinco lustros del gobierno bipartidista han debilitado al máximo sus aparatos organizativos al punto de repetir una tras otra la derrota frente a la abstención electoral. Agregan a esa complejidad la reiteración en sus propósitos de impedir el surgimiento de un partido alterno que los libere de la presión popular, pues la defensa del sistema de gobierno establecido desde 1957 los ha vinculado con los intereses del gran capital, de los terratenientes y de la oligarquía tradicional. Finalmente, la dilación en el ofrecimiento de soluciones a los graves problemas sociales ha abierto una brecha por donde se cuelan por igual las medidas demagógicas y del estado de sitio permanentes. (21)

(21) Para documentadas denuncias del silencioso avance de la repre-

El uso de la represión no sólo ha bloqueado la inconformidad popular sino que ha dado pie a que las fuerzas militares asuman el papel de cogobierno y, en consecuencia, se ponga en evidencia una gran crisis del gobierno y del Estado. (22) Ese desgaste institucional que sufre el Estado por la acción de las diversas fuerzas sociales radica en buena parte en las limitaciones del acuerdo del Frente Nacional. Siendo un pacto de índole política celebrado para poner fin al conflicto por el control del poder, dejó por fuera las soluciones de orden social haciendo concesiones obligadas donde su propia capacidad de manejo fuera desbordada o conllevara un grave peligro para el capital o el Estado. Pese a ello subsistieron, ocultos o visibles, los conflictos de tierras y el deseo de romper el estrecho espacio de acción a que fue relegada la lucha obrera y la lucha popular en general. De allí las dificultades actuales para extender los pactos políticos al ámbito de esos problemas sociales cuando todavía subsisten los legados institucionales del pacto político de 1957.

A las dificultades connaturales de la democracia controlada del Frente Nacional se le suman el acoso y el hostigamiento de las variadas y disímiles manifestaciones contrarias a su vigencia, todo lo cual lleva a pensar que al sistema institucional vigente no se le pueden augurar tiempos extras de reposición. Sus enemigos son grandes y pequeños, van de un lado a otro del espectro político, de la izquierda revolucionaria hasta los atemperados liberados que reclaman enmiendas constitucionales y modernización de los partidos. Se advierte en todos los oponentes un predominio de las posiciones políticas que propugnan por ampliar el grado de participación popular y por cambios en el aparato estatal que quite a éste su carácter restrictivo y su poder desaforado de coerción. Abogan porque la legitimidad del Estado sea resultado de la libre participación popular y aquél cumpla con los fines de desarrollo social y económico. Debe ser un Estado que ofrezca garantías y realizaciones y a la vez pueda ser controlado por

sión bajo el gobierno de Betancur, ver COMITE PERMANENTE POR LA DEFENSA DE LOS DERECHOS HUMANOS (1983), (1984). También, AMNISTIA INTERNACIONAL (1983) y la revista *Solidaridad* No. 60, noviembre de 1984, p. 13 y ss.

- (22) Sobre el enorme influjo del aparato militar en Colombia, antes del actual gobierno del presidente Betancur y durante éste, ver BERMUDEZ, G. (1982); LEAL F. N. (1984); SOLAUN, M. et. al. (1980); ECHEVERRI, A. (1978); GALLON, G. (1983); PIZARRO, E. (1984).

el pueblo. Se observa el afán por derruir el tipo de democracia restringida para dar paso a una democracia integral de plena realización de los intereses colectivos sin menoscabo de las libertades públicas.

La dimensión de una propuesta semejante resulta casi una utopía, mirada a la luz de su desenvolvimiento durante los últimos 25 años. Y, sin embargo, mientras continúe el actual estado de cosas, es fundamentado pronosticar una expansión continua de la guerrilla.

III. ELEMENTOS DE ANALISIS *

Con contadas excepciones, el fenómeno de la lucha guerrillera en Colombia ha sido objeto de estudio en los centros científicos o académicos. Conspiran contra esa necesidad diversos factores entre los que se cuenta el mismo hecho de la limitada presencia política de la guerrilla por más de una década, el peso de la información suministrada con deformaciones y la incesante campaña ideológica de la condena del uso de la fuerza o la violencia a diferentes niveles de opinión. Ha coadyuvado también el alto grado de politización de trabajos teóricos originados en grupos de izquierda, que toman partido por programas y vías políticas.

Sin embargo, no sólo la agitada vida política de los últimos cuatro años, sino los pactos entre el Gobierno y la guerrilla se han encargado de forzar el examen de estos hechos con el propósito de buscar las posibles proyecciones y el significado de los aportes a la vida política y social de Colombia. La dimensión que cobra la lucha guerrillera es de tal magnitud que rebasa la trivialidad informativa, el recuento cronológico o la denuncia. Asistimos no sólo al punto más alto de la organización y de la acción guerrillera en la historia de Colombia sino también a la búsqueda más abierta y más explícita de vínculos con el resto de los sectores populares y de la sociedad en general. Lo que era un reducto significativo pero relativamente aislado, circunscrito e inasible en su integridad —cuando no mitológico— se puede ahora fotografiar y radiografiar de cuerpo entero. Aparece a la luz del día, proyecta su acción a largo plazo, lanza programas de mediano y corto plazo y se pone en interacción con los restantes estamentos sociales.

* Para este aparte hemos retomado, casi en su integridad, el análisis de Fernando Rojas. *La descreída indocilidad colombiana*, publicado en la revista trimestral ¿QUE PASO? No. 5 de diciembre de 1984, Cinep, Bogotá.

En las páginas siguientes haremos un examen retrospectivo e intentaremos poner en perspectiva la coyuntura actual, centrada como está en la tregua o en el proceso de paz.

3.1. La guerrilla abrió horizontes de lucha

La guerrilla colombiana no se autoconcibe al margen del resto de los sectores populares, ni pretende sobreponerse a éstos para erigirse a sí misma en el único agente de cambio de las relaciones sociales. Basa sus posibilidades y sus horizontes de lucha en su vinculación a la insurgencia popular generalizada. No cree tener el proceso social en sus manos ni se considera juez supremo del resto de las clases desposeídas. Bien por el contrario, se mira a sí misma como un agente más del cambio y si se postula como promotor de éste es a condición de que la acompañen otros movimientos reivindicativos o revolucionarios. El suyo es un papel histórico dentro de una obra colectiva; su guión va de la mano de otros igualmente esenciales; la guerrilla es sólo uno de los intérpretes de una orquesta sinfónica. Veamos como lo expresa el más legendario de los guerrilleros colombianos, Manuel Marulanda Vélez, "Tirofijo". Preguntado qué se requiere para que las FARC lleguen a convertirse en el ejército que necesita el pueblo para triunfar, responde:

Necesitamos, como condición fundamental, un movimiento de masas muy fuerte como requisito primordial para la creación del ejército revolucionario. Porque para tomar el poder necesitamos ponernos de acuerdo con todos los sectores de masas, con todos los sectores políticos que no comparten el actual estado de cosas. Entonces puede decirse que estamos adelantando un trabajo en todas partes, en todos los niveles en todos los escalones para empujar y hacer la revolución colombiana. (23)

Y más adelante:

... un movimiento revolucionario, cualquiera que sea, no crece cuando las condiciones no le son favorables. . .

... a la revolución no se le puede poner fecha, porque si de nosotros dependiera ya habríamos tomado el poder desde hacía mucho tiempo. Esas condiciones no dependen de nosotros sino del grado de or-

(23) ARANGO, C. (1984) p. 104.

ganización y de conciencia que se vaya dando en el pueblo. Depende de que en determinado momento los de abajo no quieran ser gobernados más por los de arriba y que los de arriba no puedan gobernar más a los de abajo. Depende de muchas cosas pero fundamentalmente de que exista en el país un vasto movimiento de masas, de que el pueblo no pueda soportar más la crisis económica, política y represiva, que acepte los programas de gobierno que nosotros nos hemos trazado y que ponemos a su consideración. De ser así, entonces se podría producir ese derrocamiento del sistema mucho antes de lo que nosotros nos imaginamos. (24)

Bien distinta, pues, si no antitética, la lucha guerrillera colombiana frente a una actitud puramente terrorista o a movimientos como el Pol Pot de Kampuchea o el Sendero Luminoso peruano. En contraste con ese género de levantamiento, los grupos guerrilleros de Colombia se asemejan más, en sus medios de lucha y en su interpretación de las fuerzas motrices del cambio social, a la guerrilla centroamericana.

Incluso podría decirse que existe una cierta creatividad ecléctica en sus formas de articulación con las restantes fuerzas populares. ¿Quién negaría la influencia transformadora del M-19 dentro del conjunto del movimiento guerrillero, especialmente en lo concerniente al empleo imaginativo de los medios de comunicación y de la publicidad en general, con el diáfano propósito de establecer lazos de comunicación e identificación con la población oprimida? Evidentemente, más allá del mero manejo de medios técnicos contemporáneos, esa innovación de la lucha guerrillera local obedece a un esfuerzo más por romper el aislamiento y la exclusividad y por no perder el ritmo del proceso de lucha política del que hace parte.

Más aún los principales voceros de la lucha armada han comenzado a esbozar fórmulas concretas de interacción con sectores populares que no se hallan comprometidos con la guerrilla. Es así como todos los grupos subrayan la necesidad de ampliar la lucha a los distintos ámbitos de la vida social y principalmente a los aparatos predominantemente ideológicos y culturales (25).

(24) Ibid, p. 105-107.

(25) Ibid, ver también, para citar otro ejemplo, el aviso del M-19 en **El Espectador**, 16 de septiembre de 1984.

En el mismo sentido, el M-19 comienza a esbozar la construcción de un bloque hegemónico paralelo, una especie de poder dual que recuerda las muy socorridas tesis de Antonio Gramsci, y del cual formarían parte, al lado de los mismos guerrilleros, diversas agrupaciones populares. También las FARC, aunque más apegados a la construcción del partido político propio y de la búsqueda de una posición de vanguardia, creen que en el proceso dirigido a vencer las instituciones existentes o, cuando menos, a sustituir las personas que ocupan las posiciones directivas, requerirá de la lucha masiva del pueblo, ejecutada de muy diversas formas. (26)

Aunque por ahora no parezcan conducentes, quedan naturalmente, muchas preguntas por resolver. ¿Cómo ha de estructurarse ese bloque hegemónico alternativo? ¿A la manera de un partido de masas dirigido por vanguardias guerrilleras e intelectuales o con columnas más flexibles más permeables y menos jerárquicas? ¿Han de desembocar las actuales organizaciones guerrilleras en diversos partidos políticos, cada uno de los cuales se halla más preocupado con la preservación de su propia organización y la subordinación de las demás que con el acompañamiento de otros movimientos populares, la constitución de nuevos sujetos colectivos y —eventualmente— la configuración de nuevas modalidades organizativas? ¿O han de reunirse en un solo partido político, caso en el cual habrían dado una demostración de unidad y solidaridad, quedando expuestas a los mismos riesgos e interrogantes observados antes a propósito del vanguardismo, el centralismo, el autoritarismo y el dogmatismo? Y, ¿si la guerrilla se transformara en partido político, sucumbiría al encanto del juego electoral y caería en la tentación de la falsa representatividad de las instituciones capitalistas? ¿Hablaría entonces el mismo lenguaje de la igualdad y la libertad individuales o apuntaría o sustituir esas rancias nociones liberales por otras de carácter colectivo?

Así las cosas, hemos de reconocer todos, junto con los grupos guerrilleros, que el avance de éstos propone una serie de cuestiones en la agenda de reflexión y en la agenda de la historia en general. Si hoy es necesario comenzar a insinuarlas ha sido justamente porque la guerrilla ha abierto horizontes reales de lucha al pueblo colombiano, ha germinado en un rincón de un campo que puede florecer todo él. De allí que debamos comenzar a interrogarnos por el tipo de cultivo que, en esa hipótesis, se habría de cosechar. Naturalmente, la reflexión es apenas

(26) ARANGO, C. op. cit. p. 99 y 103.

uno de los elementos de un proceso colectivo y global de respuesta. Y, en todo caso, para los efectos inmediatos, que son también los de este artículo, nos basta con enfatizar que la lucha guerrillera colombiana no es una lucha foquista y que, al igual que numerosas formas organizativas de las capas populares y de la izquierda en general, viene dando fehacientes pruebas de repudio al sectarismo y de reconocimiento de la fuerza de los procesos sociales exteriores a ellas. Que no es lo mismo que transigir con la dominación social imperante.

La guerrilla comenzó a llenar un espacio creado por una lucha popular de resistencia. Hoy puede decirse algo que no era claro hace cinco o más años: la lucha guerrillera fructificó en un terreno abonado por una lucha popular invisible. De allí la conexión tácita o latente entre vastos sectores de las capas populares y las agrupaciones armadas. La guerrilla mostró un camino que no es el único pero que constituye una de las posibles vías transformadoras de la sociedad dentro de las peculiaridades del contexto colombiano. Y, en todo caso, una vía de alcances superiores a aquella en la cual se hallaban empeñadas las organizaciones más visibles de la izquierda.

Esa lucha popular invisible y ese peculiar contexto político colombiano son la apatía electoral, la incredulidad en las instituciones vigentes y el abandono efectivo de los mecanismos de representación previstos en la Constitución. Es una lucha popular prolongada aunque de apariencia pasiva e inconducente; es la lenta solidificación de una conciencia popular escéptica. Es lo que nos distingue de tantos otros países donde los partidos políticos sí son agentes verdaderos de movilización en torno a las instituciones políticas y de revitalización permanente de la fe en ellas. En Colombia, por el contrario, la displicencia popular es la fuente de la prolongación vegetativa de los partidos y de las instituciones constitucionales; pero es también el manantial donde abrevan los mayores cuestionamientos de esas mismas figuras sociales. Paradójicamente el secreto de la fortaleza aparente y de la continuidad relativa de las instituciones políticas colombianas estriba en su propia debilidad, en su incapacidad de subordinar los sectores populares a los designios del Estado y del capital privado. En el fondo, las luchas populares, casi siempre licenciosas y en veces ruidosas, han creado un vacío de poder, una arena movediza donde se hunden por igual las estrategias electorales de derecha y de izquierda y donde sólo triunfarán las luchas que partan de la base de la negación del camino agotado. Así pues, si se logra en Colombia el ambiente adecuado para la lucha política legal y pacífica, es posible el reaparecimiento de grandes movimientos de masas, esta vez liderados o por lo menos con gran influencia

de los grupos guerrilleros. Se llenaría así un espacio político de difícil cobertura por fuerzas de izquierda.

Así mismo, la paradoja de la izquierda colombiana es su evidente debilidad orgánica en medio de un mar de agitados conflictos sociales y de novedosas formas de resistencia y de avance popular. (27) El enigma colombiano radica en que la política importante se hace por fuera de las vías políticas ordinarias. Quien no entienda esta peculiaridad no comprenderá los singulares procesos sociales de Colombia.

El hecho de que el acto político más unánimemente proclamado en los últimos años, y a la vez el más audaz y el más difícil, haya sido precisamente la tregua acordada entre el presidente Belisario Betancur y los grupos guerrilleros evidencia el desplazamiento de la lucha social de los foros constitucionales a los montes de novedosas, frágiles e informales instituciones políticas. Como también la demuestra el hecho de que esa misma tregua se vea asediada y cuestionada por la más arraigada desconfianza de parte de todos los sectores sociales, tirios y troyanos, derecha e izquierda. Ni el enorme e insólito prestigio del presidente Betancur en las encuestas de opinión —tan prefabricado como ha sido mediante golpes de opinión y teatral manejo de los medios de comunicación— logró vencer la sospecha común que erosiona tradicionalmente la imagen del presidente y con él la de las restantes instituciones.

De otro lado, mal podría pensarse que un puñado de 10 ó 15 mil guerrilleros, aislados del resto de la sociedad por la indiferencia popular, habría logrado arrinconar a toda la institucionalidad vigente hasta el punto de forzarla a buscar soluciones parainstitucionales. No; lo que sucede es que la fuerza bélica de la guerrilla se eleva exponencialmente por la descreída indocilidad del pueblo colombiano, que hace de éste un interlocutor natural en potencia de todo grupo que escudriñe vías factibles de acción política paralela. Y la guerrilla ha sido hasta ahora un desafío frontal a las instituciones vigentes y una tenue llama de esperanza de superación de las mismas. Entonces, ha de preguntarse el lector, ¿por qué no se ha establecido una conexión más íntima y ge-

(27) Con la adopción de programas democráticos (1977-79), la izquierda de distintas corrientes socialistas se puso a tono con una realidad manifiesta, pero el uso a fondo por el Gobierno, de la represión y otras medidas coactivas, invalidaron ese intento, ya que la superación del obstáculo exigía un nuevo y mayor esfuerzo político.

neralizada entre movimiento guerrillero y clases desposeídas que la que existe hasta ahora? A riesgo de entrar en un piso teórico particularmente resbaladizo, cual es el de la búsqueda de factores singulares que expliquen el comportamiento de las clases desposeídas, sugerimos, a continuación, un obstáculo común a toda lucha guerrillera deseosa de enlazarse con luchas populares más amplias. Si nos detenemos en este obstáculo singular es porque consideramos que él da sentido a la tregua y, durante ella, condiciona la actitud de los grupos guerrilleros respecto de los otros movimientos populares.

El círculo vicioso de toda lucha guerrillera (o ¿qué es primero, el huevo o la gallina?). No es necesario demostrar que existe una brecha cualitativa entre la lucha pasiva, de silenciosa resistencia anti-institucional, y la lucha guerrillera. El puente entre una y otra forma de lucha popular ha sido objeto de innumerables reflexiones y teorías que desde una temática más general se ha preguntado cuándo y cómo se da el levantamiento revolucionario de las clases oprimidas. ¿Cuándo un clima generalizado de defensa de los intereses populares frente al Estado, a los rentistas y al capital privado se transforma en una irrupción de discontinuidad de las relaciones de dominación imperantes?

En el caso de la lucha guerrillera, ese interrogante cruza un dilema conatural a una actividad clandestina que se inicia de manera apartada y circunscrita. Sus posibilidades de enlace con otros dependen de sus éxitos militares, de que demuestre la capacidad de erigirse en poder paralelo viable. De allí que su éxito en cuanto guerrilla dependa prioritariamente de su aptitud marcial y sólo secundariamente de su relación con otros sectores populares. Al mismo tiempo, la actividad predominantemente guerrera la aparta de aquellos sectores y mina sus posibilidades de transformarse en lucha popular ampliada. La puerta de inserción de la guerrilla en las luchas sociales parece abrirse sobre un cerco difícil de romper. Ha de recorrer un camino lento y tortuoso de combinación de los dos términos: la actividad heroica aislada y las relaciones sociales útiles, primero con grupos más combativos del proletariado y luego con los mismos sectores que en el pasado miraron con reparos la lucha guerrillera.

Pasando ahora al terreno colombiano, y sin entrar en detalles técnicos que sólo conocen los protagonistas directos, se tiene la impresión de que la guerrilla no ha llegado a demostrar su habilidad para derrotar actualmente al Ejército en el terreno estrictamente marcial. Más sí parece haber dado pruebas de su destreza para sobrevivir, para crecer lentamente y, sobre todo, para infligir golpes parciales lo bastante

certeros como para desafiar la seguridad de la inversión capitalista y la de sus agentes o poseedores, al igual que la de los terratenientes. A pesar de hallarse lejos de la victoria, afecta las condiciones de reproducción del capital hasta dejar vacilante una de las funciones esenciales de todo Estado capitalista cual es la de garantizar dichas condiciones. Y con ello cuestiona la eficacia misma del régimen y de las instituciones vigentes. De manera que el movimiento guerrillero, si bien se halla muy distante de ganar la batalla campal por el territorio patrio, sí ha sacudido el orden institucional, el mismo que amenaza pasivamente la incredulidad popular.

3.2. La guerrilla en la coyuntura

La tregua: cada bando opuesto a ganar. El dilema del Estado: ¿cuál es la estrategia más apta para restablecer el papel de las instituciones? Suplantar instituciones particulares para salvar al conjunto del Estado, o mantener la institucionalidad a costa de ellas mismas y del Estado en su conjunto. Llegados a ese punto de la lucha, el Estado y los partidos políticos tradicionales juzgaron oportuno cortar el explosivo cordón que podría llegar a unir orgánicamente resistencia civil y lucha guerrillera. La estrategia acordada por unanimidad consistió en invitar a los grupos guerrilleros a vincularse a la lucha política institucionalizada, esto es, a revitalizar los canales formales de la actividad política, a regresar a épocas pretéritas en las cuales algunas decisiones de carácter social sí obedecían al proceso político ordinario. Consideraron también que la guerrilla podría estimar superada su etapa épica solitaria y que cedería a la tentación de proyectar sus campañas hacia una vinculación más definida con otros sectores populares. De esa manera, se pensaba, Estado, capital y guerrillas restablecerían —cada uno con sus propios objetivos— el alicaído crédito de la esfera política colombiana.

El gobierno de Belisario Betancur, elegido en el concurso electoral de 1982, afinó y precisó la estrategia. Y lo hizo por el camino más consecuente con el objetivo de fondo, pero por el más riesgoso desde el punto de vista de la estabilidad institucional. La peculiaridad de su propuesta consistió en exponer determinadas instituciones al sacrificio con tal de salvar al Estado en su conjunto y, con él, las condiciones de reproducción del capital. Ante la indiferencia con que los dos partidos tradicionales miran a su gobierno y teniendo en cuenta el evidente cretinismo parlamentario en que han caído liberales y conservadores

desde lustros atrás (28), Betancur convocó a la formación de nuevas instituciones, éstas sí tan representativas como para garantizar la seriedad y la estabilidad de los acuerdos de paz con la guerrilla y someter, de paso, los afanes reivindicativos de otras organizaciones populares.

Se trataba, en la convicción más íntima del presidente, de liberar la estrategia pacifista de las ataduras que le imponía la defensa del prestigio de ciertos funcionarios, de ciertos gobiernos y aun de ciertas instituciones, y de situarla en el campo de los intereses globales de la colectividad. Se propuso Betancur recuperar la unidad nacional apelando al instinto de sobrevivencia antes que a la lealtad a tal o cual dependencia pública. Había que revivir lo poco que quedaba de identidad entre los colombianos (los héroes de la Independencia, el arte, el lenguaje común, etc.) aun a costa de reconocer —tímida e implícitamente— que ciertas instituciones carecían ya de legitimidad. Movidó por este afán llegó hasta ofrendar el monopolio militar que detentan las Fuerzas Armadas, a crear excepciones al orden constitucional y a esbozar los comienzos de una nueva institucionalidad. Era ésta —y quizás sigue siendo— la única manera de vencer efectivamente el escepticismo popular frente al Estado. Era el camino de la reconstitución de las funciones del Estado y de la eficacia de la democracia burguesa mediante la cooptación de la guerrilla y del resto de la lucha popular.

La mera sugerencia de una nueva institucionalidad fue más allá de lo que los partidos, el capital, las Fuerzas Armadas y muchos funcionarios del Gobierno estaban dispuestos a aceptar como precio por el saneamiento del Estado enfermo. El camino de Betancur es, en efecto, una aventura cuyo desenlace final no se conoce con certeza; pero ya deja entrever que las instituciones vigentes pagarán un peaje considerable por pasar a la etapa de la “post-paz”. Habrán de impulsarse reformas constitucionales donde prevalecerán las imposiciones de la guerrilla; habrá que desbordar el Congreso mediante el recurso a un plebiscito o a

(28) La afirmación más categórica en este sentido vino del propio presidente de la Asociación Nacional de Industriales (ANDI), quizá el más poderoso gremio capitalista del país. Sus opiniones en el congreso anual de la ANDI (Pereira 31 de agosto - 1 de septiembre, 1984) constituyeron la más cruda y virulenta acusación a la miopía y a la inercia de los partidos tradicionales y a su ineficacia para formular planes encaminados a reconstituir las condiciones de acumulación.

una asamblea constituyente conformada al efecto, reconocer la existencia de dos ejércitos paralelos, tolerar la denigración pública y permanente de los partidos tradicionales, de los gobiernos pasados, de las políticas económicas y sociales, etc.

La reacción no se hizo esperar. Y hoy en día el mismo Betancur ha minimizado el alcance de la aventura; sólo le queda confiar en que la guerrilla habrá de acompañarlo en un viaje de alcances considerablemente inferiores a las expectativas iniciales.

De otro lado los partidos Liberal y Conservador y diversos sectores del capital privado han comenzado a moldear una nueva vía de realización del viejo objetivo de revitalización de las funciones del Estado. A diferencia de la vía "betancurista", el nuevo diseño no pone en evidencia la ineficacia de las instituciones ni amenaza con tirar por la borda algunas de ellas. Su lema es la eficiencia en lo económico y en lo político; su actitud no es de innovación y riesgo sino de reiteración de las instituciones más sagradas. Su veneración no se dirige a la reconciliación y a la unidad nacional como medios para poner a salvo las condiciones de acumulación; se dirige ahora hacia la libertad, el orden y las reglas más fundamentales del mercado, todo bajo el credo de que la preservación de las reglas del libre intercambio individual es el único requisito para la acumulación de capital. No se piensa ya en un Estado coordinador, dirigiendo el proceso de pacificación y armonizando diversos intereses económicos y políticos; la intervención estatal habrá de restringirse (como comienza a restringirse bajo Betancur) a la reorientación del gasto público hacia las ramas más competitivas de la economía, a la creación de estímulos y concesiones a la inversión privada y al mantenimiento de las condiciones generales de producción y reproducción.

Este supuesto electoral no dista mucho del que llevó a Reagan (o, para ese efecto, al nazismo) a la presidencia: la rebeldía popular, y especialmente la rebeldía de las capas medias urbanas contra el Estado, puede transformarse en arsenal contra el Estado intervencionista. Se asume que si la apatía y el escepticismo reinantes respecto del Estado y del capital son canalizados contra la ineficiencia y la inactividad, pueden transformarse en energía de respaldo a un gobierno "neoliberal". Se piensa que la indignación del pequeño propietario y del pequeño ahorrador ante los abusos de los monopolios, que la desesperanza general ante el desempleo y la obsolescencia empresarial, y que la incertidumbre imaginativa que despierta la guerrilla son todos males que sólo germinan en un Estado grande, inactivo y generoso y que habrán

de transformarse en apoyo decidido a un Estado fuerte, eficaz y austero guiado por reglas de juego simples y abiertamente capitalistas. Se presume, en síntesis, que la crisis económica crea el clima necesario para reactivar la acumulación y reconstituir la imagen del Estado, todo ello con el consentimiento de los sectores populares. Pero aun así arrastrará consigo una resistencia que se fortalecerá y obligará a la adopción de fuertes mecanismos de control y a respuestas cada vez más violentas.

La guerrilla en la encrucijada: se precipitaron sus dilemas políticos. Independientemente de quién dio el primer paso, la guerrilla o el Gobierno, lo cierto es que los grupos guerrilleros no podrían sustraerse a la vía "betancurista" de revitalización institucional. Esto por dos razones:

a) Porque rechazar la propuesta oficial equivalía a dejar al Gobierno la iniciativa de acercamiento y de articulación con los sectores populares. De negarse a la tregua, la guerrilla habría sido presentada ante el pueblo como el combatiente empecinado que no cede cuando su contendor le tiende la mano en aras de preservar a la Nación entera de la guerra civil.

b) Porque, de acuerdo con lo dicho más arriba, la guerrilla misma creía llegado el momento de proyectar su lucha hacia otros ámbitos con miras a desarrollar nuevos vínculos orgánicos con sectores populares.

Puede decirse entonces que la vía "betancurista" precipitó a la guerrilla a una competencia con el Gobierno por la conquista del respaldo popular. La tregua fue principalmente una apuesta a su propio desarrollo organizativo. Pero fue también, y principalmente, un traslado del escenario y de las reglas de juego de la lucha: del terreno marcial al terreno partidista, cuando no directamente al terreno electoral. Aparecieron entonces, antes de lo que la misma guerrilla tenía previsto, los dilemas y las opciones de interacción con las clases trabajadoras del país. Sólo que aparecieron en un terreno efímero, escurridizo, que plantea términos perentorios casi que angustiosos para la guerrilla: lo que ha de lograr la guerrilla ha de lograrlo durante lo que —todo parece indicar— ha de ser el corto plazo de la tregua.

Abocados a la necesidad de llegar rápidamente a vastas masas de trabajadores urbanos y rurales carentes de vínculos organizativos extensos y, además, insolutas ante la ruptura con el capitalismo, los grupos guerrilleros han optado —¿convicción o realismo?— por el único camino

que tenían a su alcance: proponer las reivindicaciones más obvias como precio de la tregua e intentar vincular a los sectores populares a éstas y a las demás reivindicaciones que puedan elaborar en el corto plazo. La reforma agraria, la reforma urbana, la defensa de la salud y la educación y la oposición al salario integral brotaron de súbito como las principales aspiraciones populares defendidas por la guerrilla. De manera paralela y con un mayor tesón, la guerrilla insiste en las reformas políticas que le garantizarían a la izquierda y a las fuerzas populares un clima benigno de participación y de presencia política.

Así las cosas ya fuera con o contra su voluntad, la guerrilla incorporó, en la práctica, la función de dirigente político de luchas populares parciales y segmentadas, teóricamente susceptibles de ser aceptadas y asimiladas por el capitalismo. Aquella lucha definida de ruptura quedó en la práctica reservada a la guerrilla misma, esto es, al enfrentamiento bélico que puede reiniciarse en cualquier momento. De donde puede concluirse que, por fuerza de las circunstancias, los dirigentes guerrilleros quedaron en la posición de vanguardia del movimiento popular, legítimo vocero de éste e interlocutor privilegiado del Estado y del capital privado en el regateo de las reformas socioeconómicas a que daría lugar la tregua.

Con dos agravantes impuestos también por las características mismas del escenario social en el cual se firmó la tregua:

a) En primer lugar, sólo la guerrilla y grupos de vanguardia se hallan suficientemente motivados e informados para participar en la llamada "reforma política", una parte especial del paquete de reformas que habrá de impulsarse durante la tregua, que recoge iniciativas bipartidistas y de gobiernos anteriores y que había sido propuesta y discutida por el gobierno de Betancur y por los partidos políticos desde los primeros días de la actual presidencia. La llamada "reforma política" es, en pocas palabras, un conjunto de medidas constitucionales y legales destinado a recuperar la credibilidad de las instituciones democráticas colombianas y a cautivar a grupos que hasta ahora han permanecido indiferentes u opuestos a participar en ellas. Entre esas medidas se incluyen la financiación de los partidos políticos, el acceso de los partidos a los medios de comunicación controlados por el Estado, la modernización del sistema electoral y la elección popular de los alcaldes municipales. Aquí nos interesa subrayar que este conjunto de reformas interesan sólo a quienes están dispuestos a participar del sistema político formal a título de representantes de la ciudadanía en general o de grupos de ciudadanos. En cuanto tales, formalizan la separación entre

el terreno gremial o económico de las luchas populares, donde se ventilan las reivindicaciones, parciales, y el terreno político o terreno de las definiciones globales donde está en juego el poder.

b) En segundo lugar, los coqueteos de la guerrilla con una posición de vanguardia y su posición en el proceso de reformas que se inicia en septiembre de 1984 resultan todavía más riesgosos y comprometedores por el hecho de que la llamada "reforma política" cuenta con mayor viabilidad que las reformas sociales y económicas. Estas últimas tienen muy poca probabilidad de convertirse en leyes de algún contenido sustancial debido a las exigencias de la crisis fiscal y de la crisis cambiaria (29) y de los requerimientos de la restauración del capitalismo que están ocurriendo bajo una y otra. (30) Ciertas reformas "políticas", en cambio, hacen parte del interés común de todos los grupos partidistas. De allí que pudiera aparecer, al fin de cuentas, que la guerrilla sólo hubiera actuado para el mejor beneficio de su propia constitución como organización política legal y no para el provecho de los intereses inmediatos de los grupos cuya representación pretende o acepta asumir. En esta hipótesis se llegaría al absurdo de que la guerrilla, que ha entrado al proceso de la tregua con el objeto de fortalecer sus vínculos con los sectores populares, teniendo como lugar común con éstos el rechazo tácito y explícito a las instituciones vigentes, termina por sucumbir a los atractivos de consolidar su propio aparato político, de erigirse en vanguardia y en institución política legal, y por suprimir su principal puente de unión con el clima político que viven las grandes masas del país. Cabe de todas maneras una segunda interpretación del apoyo guerrillero a las reformas políticas: la izquierda en su conjunto obtendría algunas condiciones propicias al establecimiento del ansiado vínculo con los sectores populares, lo que constituye un reto evidente, pero también un gran paso hacia nuevos panoramas políticos.

El desenlace más probable es, a la luz de toda la evidencia disponible, el contrario. A saber, que la guerrilla termine por denunciar el proceso de paz (el llamado "diálogo nacional" y las reformas que seguirían a él) por lento, inocuo, inconducente o insignificante para los intereses de las grandes masas del país. Y que vuelva entonces al terreno de su lucha original. Para lo cual cuenta con todas las medidas precautelativas adoptadas por ella misma a fin de que la paz no implique rendición ni entrega de las armas. Esta salida les permitiría mantener los lazos ac-

(29) MENDEZ MUNEVAR, J. (1984).

(30) ROJAS, F. (1984) El Estado colombiano. . . Doc. Ocasional.

tuales y las posibilidades de mayores y más sólidos puntos de confluencia futura con las clases trabajadoras del país. Arrojaría, sin embargo, un subproducto involuntario que analizaremos a continuación.

3.3. ¿Y si vuelve la guerra?

Abandonada la actual política de paz y de regreso los bandos a los campos de batalla, es de esperar que el Gobierno de turno busque romper, por la vía de la sanción ejemplar, los vínculos que se hubieren forjado o que se hubieren hecho visibles entre la guerrilla y otros grupos populares. La extensión probable de esa política represiva resulta difícil de predecir a esta altura del proceso. Podría restringirse a los puntos nodales del puente entre lo clandestino y lo manifiesto, podría abarcar sectores colaterales de simpatizantes, interlocutores o meros colaboradores en el proceso de paz.

¿Cuál es, en esta hipótesis, el balance neto para la organización popular o, más ampliamente, para la transformación de las relaciones sociales actuales en el sentido de la abolición del capitalismo en el país? La respuesta dependerá, obviamente, de la idea que se tenga del origen y de la dinámica de los procesos revolucionarios. Limitémonos a decir que no son éstos procesos continuos sino de irrupciones o rupturas. Lo que no niega el papel de las experiencias y de la memoria histórica. Y que son muchas las fuerzas visibles e invisibles intervinientes: lo que significa que la actuación semivisible de la guerrilla es sólo uno de los agentes en acción. Dicho esto, y para suprimir el impulso a entrar en una larga disquisición personal sobre los movimientos sociales, dejemos a cada lector la formación de su propio balance y de su propio pronóstico.